



# APOTEGMAS DE LOS PADRES

*Por Norma Novoa*

**E**n los *Apotegmas* (del griego *aphopthegma*, significa dicho breve y feliz) que nos legaron los Padres del Desierto, encontramos muchísimas anécdotas de los ermitaños y monjes, que entre los siglos II al IV, decidieron renunciar al mundo material con el fin de seguir una vida de ascetismo y contemplación; estos habitaron en el desierto egipcio, dando lugar a las primeras comunidades denominadas *solitarios*, orientadas hacia las realidades divinas y cuya principal motivación consistía en dejarlo todo por la tan anhelada conquista del Reino de los Cielos.

Para los Santos Padres, la perseverancia y la entrega al llamado divino no es nunca un hecho, sino la meta más importante que se debe alcanzar.

En sus *Apotegmas* se dan enseñanzas de monjes y ermitaños consagrados al camino hacia Dios, y al mismo tiempo brindan relatos de milagros hechos por estos monjes, quienes propiciaron a la búsqueda espiritual de muchos jóvenes, de-

jando una huella imborrable en las nacientes órdenes mendicantes.

Algunos de estos relatos tienen como protagonistas a San Pablo el ermitaño y a San Antonio Abad. Relataremos algunos hechos y anécdotas de estos dos devotos Padres.

### **San Pablo el ermitaño**

Nació hacia el año 228, en Tebaida, una región que queda junto al río Nilo en Egipto. Perdió a sus padres cuando tenía catorce años. Se distinguía por su conocimiento del griego y de la cultura egipcia. Era bondadoso, modesto y amaba fervorosamente a Dios. Se dice que la cruel persecución a los cristianos provocó enorme temor en Pablo, quien durante esos peligrosos días permaneció oculto en la casa de un amigo. Pero los designios del Señor son en verdad muy misteriosos. Sucedió de pronto que un cuñado suyo codiciaba sus propiedades y para el logro de este fin se aprestó a denunciarle, esto llenó de precaución a Pablo, por lo cual decidió huir al desierto. Allí encontró unas cavernas que, según la tradición, habían sido el taller de los acuñadores de moneda en la época de Cleopatra, reina de Egipto. Escogió por morada una de dichas cavernas, cerca de la cual había una fuente de agua cristalina y una enorme palmera. El Señor ya había preparado todo para que por fin su amado devoto pueda unirse a Él, de manera muy simple: la palmera

con sus hojas le proporcionaría el vestido, con sus frutos el alimento, y la fuente le daría el agua. Pablo tenía veintidós años cuando llegó al desierto, y un solo propósito, el de gozar de libertad para servir a Dios durante la persecución pero, habiendo gustado las dulzuras de la contemplación en la soledad, no pudo volver jamás a la ciudad porque se olvidó totalmente del mundo. Vivió de los frutos de la palmera hasta los cuarenta y tres años. Desde entonces hasta su muerte, fue milagrosamente alimentado por el pan que le traía cada día un cuervo. Ignoramos en qué forma vivió y se ocupó hasta su muerte; pero Dios se encargaría de dar a conocer a este fiel devoto suyo después de la misma.

Se cuenta que el gran Antonio, ejemplo de humildad, fue asaltado de pronto por una tentación de vanidad, comenzó a creer que nadie había servido a Dios tantos años como él en la soledad, sentía que había sido el primero en adoptar tan extraordinaria forma de vida. Pero Dios le reveló en un sueño que estaba equivocado, y le ordenó partir inmediatamente en busca de un solitario con más perfecciones que él. El santo recuperando nuevamente su humildad, se puso en marcha en cuanto amaneció. Pero sucedió que se encontró en el camino a un centauro, mitad caballo y mitad hombre, Antonio al verlo inmediatamente comenzó a orar, hecho que hizo que la extraña criatura —o fantasma— desapareciera, no sin antes haberle in-



dicado el camino que debía seguir. Tras dos días de búsqueda, Antonio descubrió la morada de Pablo, gracias a una luz que guío sus pasos hasta la entrada. El ermitaño al oír ruido afuera creyó que era una fiera que se acercaba, y tapó la entrada con una piedra. Antonio llamó por muy largo rato suplicándole que moviera la piedra para poder saludarlo.

Al fin Pablo salió, y los dos santos, sin haberse visto antes nunca, con la sonrisa en los labios, se abrazaron y se llamaron por sus nombres, que conocieron por revelación divina. Luego se inclinaron y dieron gracias a Dios. Y en ese momento llegó el cuervo trayendo un pan entero. Entonces Pablo exclamó: *“Mira cómo es Dios de bueno. Cada día me manda medio pan, pero como hoy has venido tú, el Señor me envía un pan entero.”*

Habiendo dado gracias a Dios, se sentaron para comer junto a la palmera. Pero surgió una ligera discusión entre ellos para determinar quién de los dos debía partir el pan. Antonio hacía valer la mayor edad de Pablo, y éste a su vez alegaba que Antonio era su huésped. Finalmente, decidieron partir el pan entre los dos. Al terminar la comida, bajaron a la fuente y bebieron de su agua cristalina. Era todo el alimento que tomaban: medio pan y un poco de agua. Y después de charlar de cosas espirituales, pasaron toda la noche en oración.

A la mañana siguiente, Pablo anunció a su huésped que se acercaba la hora de abandonar la vida terrenal y que Dios le había enviado para que se encargase de darle una adecuada sepultura.

Le dijo: *“Ve a traer la túnica que te regaló Atanasio, el obispo de Alejandría, porque quiero que en ella envuelvas mis restos mortales”*.

Esto era probablemente un simple pretexto para permanecer solo, en oración, hasta el momento en que Dios le llamara a Sí. El visitante se sorprendió al oírle mencionar esa túnica, cuya existencia sólo podía conocer por revelación. Cualquiera que haya sido el motivo por el que quería ser enterrado con ella, Antonio se acomodó a su deseo y partió apresuradamente a su monasterio para traerla. Habiendo tomado la túnica, emprendió rápidamente el regreso. Sin embargo, Pablo dejó su envoltura mortal antes de que Antonio pudiese llegar. Cuando se hallaba todavía en camino, Dios permitió que Antonio viera ascender al cielo el alma de Pablo, acompañada de coros de ángeles, profetas y apóstoles. En la cueva encontró el delgado cuerpo del santo, arrodillado, con las manos unidas en oración. Parecía que estuviera rezando, pero al no oírle ni siquiera respirar, se acercó y vio que su alma ya no habitaba en él. Dejó el cuerpo en la ocupación a la cual había dedicado la mayor parte de las horas de su vida: orar al Señor. Mientras Antonio se pre-

guntaba cómo podría él sólo, cavar la necesaria fosa, dos leones se acercaron quedamente, como si estuvieran tristes, y abrieron un agujero con sus zarpas. Donde Antonio depositó el cuerpo, cantando los salmos...

Después volvió a su monasterio alabando a Dios, y relató a sus monjes lo que había visto y hecho. Siempre conservó como un tesoro la vestidura de san Pablo, tejida de hojas de palmera y él mismo la vestía en las grandes festividades.

San Pablo murió el año 341 a los ciento trece años de su edad y a los noventa de vida eremítica. Se le conoce generalmente con el título de “el primer ermitaño”, para distinguirlo de los otros santos del mismo nombre.

## **San Antonio Abad**

Antonio Abad se cree que nació alrededor del año 250 en el pueblo de Comas en el Bajo Egipto. Sus padres murieron cuando tenía veinte años, quedando a cargo de su única hermana, pequeña aún, teniendo que encargarse también de la casa. Habían transcurrido apenas seis meses desde ese hecho, cuando un día en que se dirigía a sus quehaceres, sintió en su interior una voz que decía: *“Si quieres llegar hasta el final, vende lo que tienes, da el dinero a los pobres así tendrás un tesoro en el cielo y luego vente conmigo”*.



Para Antonio, fue como si Dios mismo le infundiera ese recuerdo y esas palabras hubiesen sido pronunciadas especialmente para él, salió en seguida de su hogar e hizo donación a los aldeanos de las posesiones heredadas de sus padres (tenía trescientas parcelas fértiles y muy hermosas), con el fin de evitar toda inquietud para sí y para su hermana. Vendió también todos sus bienes muebles y repartió entre los pobres la considerable cantidad resultante de esta venta, reservando sólo una pequeña parte para su hermana.

Al principio de su nueva vida se dedicó a tejer canastos y con el fruto de ese trabajo lograba mantenerse y repartir entre los pobres. Nuevamente en su interior oyó aquellas palabras del Señor: *“No os agobiéis por el mañana”*.

En ese momento, decidió encomendar a su hermana a unas vírgenes que él sabía eran de confianza y cuidó de que recibiese una conveniente educación; en cuanto a él, a partir de entonces, libre ya de cuidados ajenos, emprendió una vida de ascetismo. Primero se establece en un cementerio cerca de su aldea nativa, en el que registra extraños episodios con demonios en forma de bestias salvajes con los que se bate continuamente. Pero teniendo treinta y cinco años, decide dar un giro a su vida de eremita, cruza el Nilo, y se retira al monte Pispir en el que pasa veinte años en absoluta soledad, con la escasa ayuda de algunas personas que le lanzan comida por encima del muro de

su humilde morada. Oraba con mucho fervor, ya que había aprendido que es necesario retirarse para ser constante en la oración; en efecto, ponía tanta atención en la lectura, que retenía todo lo que había leído, hasta tal punto que llegó un momento en que su memoria suplía los libros. Dicen que el santo descubrió la Sabiduría gracias a la observación de los animales, y el Amor Divino a través de la naturaleza. Se cuenta también que en una ocasión se le acercó una madre jabalí con sus pequeños hijos (que por alguna razón estaban ciegos), en actitud de súplica. Antonio curó la ceguera de los animales y desde entonces la madre no se separó de él y le defendió de cualquier alimaña que se acercara.

Y recordemos que en el episodio de la muerte de Pablo el ermitaño, dos leones le ayudaron a cavar la fosa, y que existe una unanimidad con respecto a que el santo tomó a los animales como modelo de comportamiento natural ajeno a la corrupción humana.

Tras estos acontecimientos se lo menciona siempre como el patrono de los animales.

Poco a poco, su fama de ser un hombre sabio y lleno de paz, hizo que muchos le siguieran allá donde iba. Cosa que le obligaba a alejarse más y más de la civilización para alcanzar el modelo de vida que él pretendía: oración, silencio, ayuno, rechazo de los placeres de los sentidos en busca de la perfección



espiritual del alma. Abandonó su cuerpo físico ya anciano, hacia el año 356 en las laderas del monte Colzim, próximo al mar Rojo, se cree que con 105 años.

Un día el santo Padre Antonio, mientras estaba sentado en el desierto, fue presa del desaliento y de densa tiniebla de pensamientos. Y decía a Dios: *“¡Oh Señor! Yo quiero salvarme, pero los pensamientos me lo impiden. ¿Qué puedo hacer en mi aflicción?”*

Entonces, asomándose un poco, Antonio ve a otro como él, que está sentado y trabaja, después interrumpe el trabajo, se pone en pie y ora, después se sienta de nuevo y se pone a trenzar cuerdas, y después se levanta de nuevo y ora. Era un ángel del Señor, enviado para corregir a Antonio y darle fuerza. Y oyó al Ángel que decía: *“Haz así y serás salvo”*.

Al oír aquellas palabras, cobró gran alegría y aliento: así hizo y se dijo: *“El que permanece en el desierto para guardar el sosiego de Dios, está libre de tres guerras: la del oír, la del ver y la del hablar. Le queda una: la del corazón”*.

En cierta ocasión se acercó un hermano al Padre Antonio y le pidió: *“Ora por mí”*.

El anciano le respondió: *“No puedo hacer nada por ti, ni siquiera Dios, si no te comprometes tú mismo a orar a Dios”*.

Otro día vinieron algunos monjes a visitarlo; estaba con ellos el Padre José. Para ponerlos a prueba, les leyó un pasaje

de las Escrituras, y —comenzando por los más jóvenes— les preguntó acerca de su significado. Cada uno se expresó según su propia capacidad. Y Antonio decía a cada uno: *“Todavía no has encontrado”*. Por último, pregunta al Padre José y éste dice: *“No sé”*. Entonces Antonio dice: *El Padre José sí ha encontrado el camino, porque ha dicho: ‘no sé’.*”

*Por la Prof. Norma Novoa  
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*

---